

LINGÜISTICA EN EL POEMA

Andrés Gallardo
Universidad de Concepción

(A Luis Muñoz,
afecto, gratitud, homenaje)

1. En el presente trabajo intento una lectura de un poema de Jorge Guillén que puede resultar ingenua o irreverente para el lector acostumbrado a la poesía sin más y a la crítica poética académica. Entiendo que se trata, sin duda, de una lectura parcial y sesgada: un lingüista lee un poema desde su perspectiva de lingüista porque halla en el poeta —¿cómo decirlo sin ofender?— a otro lingüista. Dicho más derechamente: el poema “Los nombres” de Jorge Guillén es un poema que tiene como asunto el lenguaje mismo y enfoca el lenguaje de modo tal que el lingüista se asombra, una vez más, de la lucidez del poeta y del poder descriptivo y explicativo de la poesía.

2. Un poema se construye con palabras. Todos lo sabemos; el mismo Jorge Guillén lo explicitó para sí: “poema es lenguaje” (Guillén, 1962, p. 9). Esta afirmación no funciona al revés. No todo lenguaje es poema. Sólo cuando las palabras alcanzan cierto justo nivel de tensión interna, de cohesión y aun de verdad, se transforman en lo que solemos llamar palabra poética. Una vez más, Jorge Guillén ha acuñado una expresión feliz: “lenguaje de poema”. Se trata de una noción funcional e histórica. Cualquier enunciado puede constituirse en lenguaje de poema —no hay palabras en sí más “poéticas” que otras—, pero es claro que hay un cierto tipo de léxico, ciertos tipos de construcción, que

de algún modo han sido sancionados por la tradición como más aptos para la poesía. Probablemente, “rosa” tiene más posibilidades que “administración” de ingresar a un poema, pero eso es todo.

Lo que aquí interesa tener presente es que la palabra poética, el lenguaje de poema, es algo muy complejo. Puede ser muchas cosas; entre otras, un destello del entendimiento. Por aquí se van encontrando el poeta y el investigador del lenguaje, el lingüista.

La poesía puede ser un delicado y poderoso método de conocimiento. La lucidez del poema logrado puede alcanzar todos los ámbitos de la experiencia que es capaz de cubrir el lenguaje, incluido, insistamos, el lenguaje mismo: la palabra se convierte en objeto del poetizar.

Desde luego, la atención del poeta al lenguaje de poema es parte de nuestra tradición. Suele ocurrir con el nombre explícito de “arte poética”. En el caso del poema de Jorge Guillén que nos interesa, la atención se enfoca no tanto en el lenguaje poético, sino en el lenguaje sin apellido y en su zona más candente, en lo que podemos llamar el acto de designación, el momento (dicho saussureanamente) en que un significante encarna un significado, o que un significado encarna en un significante. Guillén describe este proceso y lo centra en su dinámica propia de modo memorable.

3. En lo que sigue intentaré lo que nuestro Fray Luis de León llamaba una declaración del texto poético, es decir, una explicitación en prosa intelectualizada de la palabra metafórica y totalizadora.

Leamos de una vez por todas el poema “Los nombres”:

LOS NOMBRES

Albor. El horizonte
Entreabre sus pestañas
Y empieza a ver. ¿Qué? Nombres.
Están sobre la pátina

De las cosas. La rosa
Se llama todavía
Hoy rosa, y la memoria
De su tránsito, prisa,

Prisa de vivir más.
¡A largo amor nos alce
Esa pujanza agraz
Del Instante, tan ágil

Que en llegando a su meta
Corre a imponer Después!
¡Alerta, alerta, alerta,
Yo seré, yo seré!

¿Y las rosas? Pestañas
Cerradas: horizonte
Final. ¿Acaso nada?
Pero quedan los nombres. (Guillén, 1973, p. 26)

La estructura externa de “Los nombres” es simple (V. Aubrun, 1976), plenamente integrada en el contexto de *Cántico*, libro a cuya primera parte pertenece¹. Cinco estrofas de cuatro versos heptasilábicos asonantados pares e impares en cada estrofa. Todo tradicional, nada que, a primera vista, entregue claves especiales de sentido.

Sin embargo, ya la primera estrofa es una cala honda y decisiva. Más aún; la primera palabra, una oración en sí misma, es una alusión a un rasgo básico del lenguaje humano: “albor”, esto es, inicio de la claridad. No son hoy pocos los que piensan que sea el carácter heurístico de nuestra lengua la llave misma de nuestro sistema de conocimiento. Mediante el lenguaje nos apropiamos del mundo que nos rodea, lo organizamos, dándole sentido al ir denominando.

Luego del testimonio crudo de los sentidos y del destello inicial,

... el horizonte
Entreabre sus pestañas
Y empieza a ver...

El poeta nos lleva al aserto decisivo. Lo que vemos no son las cosas mismas. Vemos el resultado de nuestra experiencia de las cosas que nos rodean en la medida en que somos capaces de incorporarlas a través del lenguaje. No se puede decir mejor: vemos “nombres” y estos nombres no son más que la “pátina” de las cosas, su sedimento en nuestra conciencia, pero todo ello inmerso en el tiempo como decantado depósito de la historia, tanto historia genética como historia cultural, o sea, no interrumpida corriente comunicativa.

Es también un hallazgo notable el simbolizar el carácter de comunidad

¹“Los nombres” de 1924, se integra ya a la primera edición de *Cántico*, 1928, el libro fundamental de Guillén, libro que fue creciendo con la carrera del autor.

cultural de la lengua en la rosa, elemento privilegiado desde antigua por la tradición literaria. El nombre de la rosa es obsesión, ¿es necesario decirlo?, que no cesa en la literatura occidental.

En la segunda estrofa aparece otro rasgo crucial de la lengua: la estabilidad, garantía de eficiencia comunicativa, y la flexibilidad, garantía contra las sorpresas. Sincronía y diacronía coexistiendo como Saussure no quiso aceptarlo:

... la rosa
Se llama todavía
Hoy rosa, y la memoria
De su tránsito, prisa.

Cualesquiera sean los cambios en el tiempo, siempre habrá un nombre para la rosa. Pero el lenguaje tiene también un nombre para su mudanza, y ese nombre también lleva un elemento de permanencia, su pátina, débil y transparente.

La tercera estrofa es centro y cima del poema. Si el lenguaje es herramienta de descubrimiento, método de organización cognitiva, comunicación, es asimismo emotividad, claro que lúcida. La memoria del tránsito de la rosa será prisa, eso se dice tranquilo. Pero de ahí emana inquietud, ansiedad, al tomar conciencia de lo fugaz que se es y de la fugacidad de lo que se dice, lo que clama por la presencia de un Otro:

Prisa de vivir más.
¡A largo amor nos alce
Esa pujanza agraz
del Instante, tan ágil...

Todo esto es preciso, claro, hermoso y algo triste: gracias al lenguaje, sistema establecido, descubrimos y comunicamos; pero el carácter clarificador inestable del lenguaje encierra el germen de la limitación. Efímera llegada, nuevo desafío. El Instante es tan “ágil” que su presencia misma impone el “Después”, pero, hay que insistir en ello, con el despejo de la lucidez. Por eso, por única vez en el poema, el poeta grita:

¡Alerta, alerta, alerta, _
Yo seré, yo seré!

Sin lenguaje no somos humanos, pero el lenguaje nos echa en cara nuestras humanas insuficiencias; sin lenguaje seríamos hartos poca cosa, el lenguaje nos permite entender cuán poca cosa somos. De ahí el consuelo, don del lenguaje, de inventar el futuro, donde todo es más posible.

La última estrofa del poema cierra el proceso indagador, descubridor y reflexivo con una alusión globalizadora. El poeta vuelve —no podía ser de otro modo— a las rosas, símbolo de todo referente, para recordarnos, pese a Julieta, que esas rosas, en sí, son mudas, ciegas, sordas, inodoras (y probablemente insípidas). Experiencia vacua.

¿Y las rosas? Pestañas
Cerradas: horizonte
Final. ¿Acaso nada?

Felizmente, se vislumbra una salida. El mismo poeta se encarga de recordarnos que el lenguaje es el que asegura voz, vista, oído, olfato, al insertar las rosas en un sistema de experiencias compartidas y comunicables, ancladas en la historia. Cada rosa pasa. Cada persona también. La frase precisa dura.

Pero quedan los nombres.

4. Un rasgo que acrecienta la profundidad y certeza de la visión del lenguaje que nos entrega Jorge Guillén en “Los nombres”, es que el poema mismo, como construcción de lenguaje, es una metáfora de su referente. Desde luego, está organizado en la forma de una interacción del hablante con un interlocutor, al cual se le comunican contenidos, se le interpela y se le hace testigo de la propia intimidad; o sea, el breve texto manifiesta dialógicamente las tres funciones centrales del lenguaje, pero, lo más interesante, todo ello de modo implícito, como distribuyendo, aquí y allá, sólo claves, indicios. Su estructura de cuatro versos heptasilábicos no aparece evidente al oído a causa del persistente encajamiento, incluso interestrófico. La rima misma es apenas perceptible. Como en todo enunciado no metalingüístico, lo que cuenta es el contenido, la referencia a un hecho de experiencia, y no la estructura externa.

Cada detalle en el poema aparece desdibujado, como si su palidez misma quisiera eludir la obviedad. El conjunto, sin embargo, es claro. Y de ese conjunto, del sistema, emanan luces nítidas que van señalando el refinamiento de la construcción. Todo enunciado es un primer signo de sí mismo.

Fijémonos en un solo detalle de la redondez del texto que nos ocupa. La

última estrofa espejea la primera: “horizonte” vuelve a rimar con “nombres”, pero “pestañas” ya no rima con “pátina”, ahora rima con “nada”, eso sí que un “nada” hecho pregunta y, decididamente, en el interior de la estrofa (en el interior de cuyo primer verso está escondida “rosa”).

El verso final, como ya se ha anotado, es un rotundo acto de fe. El lenguaje no es la cosa mentada; junto a ella es nada, aire. Paradójicamente, el mundo de los referentes —variable pura— es, desde la cultura, inconsistencia. Sólo el lenguaje, aparente nada, aire, es garantía de cierta permanencia, historicidad. La memoria de la fragancia es mejor que nada. Pero quedan los nombres.

5. Es evidente que Jorge Guillén no sacó sus ideas sobre el lenguaje de la nada. Guillén, como casi todos los poetas de su generación, era un intelectual, un estudioso. Un profesor de lengua y literatura. Tenía un conocimiento fundado, sistemático, de su tradición y de su oficio. En más de una ocasión explicitó su filiación poética. Paul Valéry fue su mentor.

Valéry, leído y releído con gran devoción por el poeta castellano, era un modelo de ejemplar altura en el asunto y de ejemplar rigor en el estilo a la luz de una conciencia poética. (Guillén, 1962, p. 244).

Comparado con los otros poetas de su generación, Guillén muestra un conocimiento y una asimilación de las corrientes lingüísticas renovadoras de entonces. En “Los nombres” (1924) es nítida la huella del *Curso de Lingüística General*, de Ferdinand de Saussure (1916) y de las discusiones generadas en torno suyo. Las nociones de signo lingüístico arbitrario, de sincronía y diacronía, de sistema de signos y de valor lingüístico están permeando todo el texto. Más que volver sobre lo ya dicho, una confrontación con un poema de Juan Ramón Jiménez, cercano en el tiempo a “Los nombres”, aclarará este punto. El poema de Juan Ramón (cuya trascendencia me ha señalado Luis Muñoz) aparece en *Eternidades*, de 1916-17, y dice así:

¡Intelijencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
... Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;

que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas.
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo y mío, de las cosas! (Jiménez, 1957).

Juan Ramón Jiménez, sin dejar de ser poeta y sin dejar de ser inteligente, no había reflexionado desprejuiciadamente sobre el lenguaje ni conocía bien la investigación lingüística de su tiempo. En una perspectiva tradicional, emparentada con la gramática académica, concibe la palabra como un ente mágico indisociable de su referente, ahistórico. (Juan Ramón se atiene al poder de convocatoria de la palabra). Jorge Guillén, en cambio, según hemos visto, concibe el lenguaje como un sistema de referencia, un poderoso instrumento heurístico y una institución cultural. Por cierto, Juan Ramón, con los años, fue refinando su visión, pero siempre concibió la palabra como consustancial con su referente y con un rasgo totalizador. (Ver, por ejemplo, “El nombre conseguido de los nombres”, de *Dios deseado y deseante*, de 1949). Jorge Guillén vio en la palabra ni más ni menos que palabra, referencia virtual a hechos de experiencia de las cosas, que mientras no son consignados lingüísticamente, son materia amorfa.

Guillén entendió también que el referente, la cosa en su fisicidad, tiene sin duda un conjunto de rasgos que de algún modo condicionan el modo como el lenguaje los ha de aprehender. Veamos un caso concreto. En otro poema de *Cántico*, alusivo otra vez a la paradigmática rosa, y dedicado precisamente a Juan Ramón Jiménez, leemos:

Yo vi la rosa: clausura
Primera de la armonía,
Tranquilamente futura.
Su perfección sin porfía
Serenaba al ruiñón,
Cruel en el esplendor
Espiral del gorgorito.
Y al aire ciñó el espacio,
Con plenitud de palacio,
Y fue imposible ya el grito. (Guillén, 1973, p. 242)

La rosa, lingüísticamente, es sólo potencialidad en su tranquila exudación

de aroma y belleza, pero al mismo tiempo su callada perfección suspende, serena la fuente del grito. El grito, por su parte, exacerbación del lenguaje, es vibración del aire, capaz de ceñir, esto es, de dar forma, señalar límites al espacio no cercado, dándole complejidades palaciegas insospechadas.

Razón tenía el viejo poeta amigo de las rosas rescatado por Umberto Eco: "stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus". La rosa seguirá, espere-mos, habitando sin conflicto su hermosura; el nombre de la rosa nos seguirá inquietando. La poesía de Jorge Guillén seguirá por algún tiempo apelando al asombro y a la inteligencia.

REFERENCIAS

- AUBRUN, CHARLES V. 1976. "Cántico", 1928. "Objetivamente: singularidad de su invención poética", en *Cuadernos Hispanoamericanos* n. 318, pp. 4095-511.
- GUILLÉN, JORGE, 1962. *Lenguaje y poesía. Algunos casos españoles*. Madrid; Revista de Occidente.
- . 1973.³ *Cántico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN. 1957. *Tercera Antología poética*. Madrid: Biblioteca Nueva.